

DIONISIA GARCÍA

CUANDO nos despedimos, tras la presentación de *La vida perdularia*, la mirada indicativa de Pedro Cobos parecía interrogar (muy cerca de donde nos encontrábamos se exponían ejemplares del libro). Mi respuesta fue rápida, circunstancial tal vez, pero prometedora: te leeré, Pedro. Él sonrió, y ésas fueron las últimas

del origen (cercanos nuestros lugares de nacimiento). He de decir que el fondo realista de algunos de sus argumentos me resulta familiar. En ocasiones, ocurre lo mismo con giros verbales, o frases hechas, de reminiscencia ancestral, que él conservaba al escribir, en toda su pureza.

Desgraciadamente, conocí tarde al autor. Nos ha-



Ilustración de Avellaneda

palabras y sonrisa que intercambiamos. En los días que sucedieron al acto no visité la librería; es a las puertas del verano cuando decido, algo contrariada conmigo misma por la demora, adquirir el libro.

Pedro me hablaba de sus escritos, indagaba acerca del conocimiento que yo tenía de los mismos. Existía entre nosotros parecido entendimiento de las palabras, muy especialmente, de aquellas que provenían

bíamos encontrado en varias ocasiones. Una tarde me llamó para comentar algún escrito mío. A partir de entonces se acrecentaron nuestras coincidencias en la manera de entender la literatura.

Ahora Pedro es continuidad en *La vida perdularia*. A través de la lectura de este libro, voy adquiriendo hondo conocimiento del escritor. Nos dice Buffont que el estilo está en el ser humano antes de estar él en

su estilo. Fácil advertir la justeza de tales palabras aplicadas a Pedro Cobos. Su disciplina y rigor parecen surgir de ese orden primero. De ahí la intransigencia respecto a quienes se dedican al “oficio” con cierto desaliño. Intransigencia que podría parecer descortés, pero no lo era. Recuerdo su indignación cuando en acto público, uno de los participantes utilizó incorrectamente una palabra. Porque él las recreaba; vivía en ellas, en continua atención, y alerta (“Con las palabras hay que llevar mucho cuidado, degeneran más aprisa que las personas”). La noche de nuestra final entrevista, en el ir y venir de los agasajos que le correspondían por la aportación de su última obra (menos definitivamente última en aquella celebración), propició el momento para lamentar la palabra *catar*, tan precisa para aludir al hecho.

Si la obra es atendida como merece, valdría la pena recoger, en estudios monográficos, la diversidad de plantas y pájaros que aparecen en *La vida perdularia*, y aparecen alejados de toda erudición, porque pertenecían a la historia cotidiana del autor, a su calidad de fino observador, para después contarlos bellamente (“La oropéndola que hace sus nidos en las ramas horizontales, para que los meza el viento”. “El chiflor del mochuelo cada vez más delgado de silencios”).

Afina y pule el autor, a través de la extensa obra, con lenguaje vigoroso, fundado para ceremonia coloquial, donde los personajes van entretejiendo nuevas anécdotas de vivir con mundos intensos de pensamientos y teorías; llamadas de atención para quien se asome a las páginas del libro.

La búsqueda del elixir de eternidad contenido en la liebre lunar, aporta originalidad en la manera de tratar el tema. Bien es verdad que no intranquiliza la demora del hallazgo. Son tantos y tan diferentes los acontecimientos, que el lector se siente fascinado por esta *Vida perdularia*, de posibles e independientes lecturas en cada uno de sus apartados, sin perder por ello comunicación el orden del libro. En cuanto a la búsqueda, encontramos referencias del autor al escribir desencantado, “A veces pienso si no será lo mismo: una ilusión para desgraciados, los desgraciados en estado agudo siempre nos empeñamos en seguirla”.

Dolor por el tiempo dejado en el intento; conformidad por el buen empleo de tan largo caminar cuando al fin contempla la gota de rocío, el posible elixir. Porque no es la verdad, escribe don Miguel de Unamuno, sino la ilusión del deseo, lo que nos hace vivir, y lo primero es vivir.

El peregrinar por nuestra geografía más cercana (Reino de Murcia), no entretiene al autor en localismos obvios. Sí engrandece cada lugar, cada personaje. Lo consigue desde la veracidad del dato, y el realismo vivaz y mágico. Los sucesos se muestran de manera natural, como si de conversación se tratara (que no hay mejor libro que el bien hablado). Detiéndose el autor cuando el discurso lo requiere, sin recurrir a hipérbolos o insistencias innecesarias. Decía Gracián que la más ventajosa superioridad es la que se apoya en la adecuada noticia de las cosas. La maestría de Pedro Cobos en el arte de escribir, es patente.

Este intenso y extenso libro, bien podría haber necesitado una vida; sin embargo, al leer, se experimenta sensación de estar ante un texto realizado desde urgente necesidad, que no repara en conjuntar unos tiempos con otros, porque lo importante son los hechos. No se desajusta el mundo de una historia, si se enriquece con aportaciones imprevistas. Así, la puesta en escena de *La vida perdularia*, no se podría limitar en tiempo y espacio, a pesar de datos y fechas, relacionados con el carácter investigador de la obra. Lo escrito va más allá, mostrándonos parcelas del gran panel del mundo, y nos las muestra desde el desenfado, la ironía, el amargo sentir, la esperanza, y la ensoñación, facultad esta última utilizada con medida, porque gusta el autor de lo fantástico, de iluminaciones momentáneas que, indudablemente, aportan resplandor a las secuencias, ya trate lo mágico de cintas que se enredan con las palabras, o de señora en silla de ruedas con cola de pez. Ejercen atractivo especial estos caprichos, en una manera de narrar empapada de clasicidad.

Mucho puede decirse de *La vida perdularia*, tarea para estudiosos de estos tiempos, y de los venideros. Yo sólo he deseado manifestar la gozosa lectura del libro.